sistencia, ¿cómo puede el alma, pasado dicho ímpetu, y transformada en Dios afectivamente con suma quietud, mantenerlo en el aire contra su natural tendencia de gravedad, y cómo le quita su pesantez, de manera, que á cualquier impulso se mueve como una pluma? Además; ¿por qué el cuerpo es llevado siempre arriba, y no á la derecha, á la izquierda ó en otra dirección, siendo así que Dios, blanco entonces del espíritu, se halla en todo lugar? ¿Por qué en vez de mover el alma al cuerpo, no lo fija siempre en el sitio donde se halla, si en este caso su arrobamiento se hace en lo más íntimo de ella?

Por estas razones, y otras que omito, me satisface más la opinión de los que atribuyen dicho admirable suceso á una pequeña é imperfecta participación de los dones gloriosos que disfrutan los bienaventurados en el Cielo; debidos, en cierto modo, á las personas que Dios ha unido á sí tan íntima y amorosamente. Así opinan San Agustín, Santo Tomás, Scarameli y otros.

CAPÍTULO VII.

QUE TRATA DE LAS LOCUCIONES Y VISIONES MÍSTICAS DE SANTA TERESA.

En los grados contemplativos que acabo de exponer, manifestaba Dios su presencia al espíritu de Santa Teresa del modo sobrenatural descrito, y además se le mostraba maravillosa y divinamente, infundiéndole conocimientos distintos y determinados por medio de *hablas* ó locuciones, visiones, revelaciones é inteligencias de altísimas verdades. Por esta razón tengo que examinarlas; advirtiendo que tales mercedes se las concedía Dios también fuera de dichos grados de oración.

Citaré solamente algunos de estos favores, tomándolos de los numerosísimos que la Santa cuenta en sus obras haber disfrutado, para examinar si estos hechos divinos fueron, como sostiene el naturalismo, inventos ó puras fantasías de la viva y ardorosa imaginación de una mujer apasionada: así como en otro capítulo de la

segunda parte de este trabajo, probaré que no es posible confundirlos con las alucinaciones propias de la enajenada, melancólica ó histérica.

La primera locución ó *habla* que refiere haber tenido, la describe así: *Una vez rezando las Horas, como algunas tenía esta tentación, llegué al verso que dice* JUSTUS ES, DOMINE, Y TUS JUICIOS, *comencé á pensar cuán gran verdad era..... Pues pensando cómo con justicia primitiades á muchas que había, como tengo dicho, muy vuestras siervas, y que no tenían los regalos y mercedes que me haciades á mí, siendo la que era, respondístesme, Señor:* «SÍRVEME TÚ Á MI, Y NO TE METAS EN ESO.» *Fué la primera palabra que entendí hablarme Vos, y ansí me espantó mucho; porque después declararé esta manera de entender, con otras cosas* (1).

En otro capítulo cuenta: *Habiendo estado un día mucho en oración, y suplicando al Señor me ayudase á contentarle en todo, comencé el yno* (Veni creator), *y estándole diciendo, vínome un arrebatamiento tan súpito, que casi me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar, porque fué muy conocido. Fué la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamiento. Entendí estas palabras.*—YA NO QUIERO QUE TENGAS CONVERSACIÓN CON HOMBRES, SINO CON ÁNGELES. *A mí me hizo mucho espanto, porque el movimiento del ánima fué grande, y muy en el espíritu se me dijeron estas palabras. Así me hizo temor, aunque por otra parte gran consuelo»* (2).

Tratando de las visiones que llama la Santa *imaginarias*, escribe: *Estando un día en oración, quiso el*

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XIX, pág. 167.
(2) Ob. cit. *Vida*. Cap. XXIV, pág. 218.

Señor mostrarme solas las manos, con tan grandísima hermosura que no lo podría yo encarecer. Hízome gran temor, porque cualquier novedad me le hace grande en los principios, de cualquiera merced sobrenatural que el Señor me haga. Desde há pocos días vi también aquel divino rostro, que de el todo me parece me dejó asorta. No podía yo entender por qué el Señor se mostraba ansí poco á poco, pues después me había de hacer merced que yo lo viese del todo, hasta después, que he entendido que me iba Su Majestad llevando conforme á mi flaqueza natural. Sea bendito por siempre, porque tanta gloria junta, tan bajo y ruin sujeto no la pudiera sufrir, y como quien esto sabía, iba el piadoso Señor dispuniendo. . . . . . .

Un día de San Pablo, estando en Misa, se me representó toda esta Humanidad sacratísima, como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad, como particularmente escribí á vuesa merced cuando mucho me lo mandó (1).

En otras partes de sus obras, describe las visiones y locuciones llamadas *intelectuales*, de esta manera:

Estando un día del glorioso San Pedro en oración, vi cabe mí, ó sentí, por mijor decir, que con los ojos del cuerpo ni del alma no ví nada, mas parecióme estaba junto cabe mí Cristo, y vía ser Él el que me hablaba, á mi parecer. Yo como estaba inorantísima de que podía haber semejante visión, dióme gran temor á el principio, y no hacía sino llorar, aunque en diciéndome una palabra sola de asigurarme, quedaba como solía, quie-

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XXVIII, pág. 249.

ta y con regalo y sin ningún temor. Pareciame andar siempre á mi lado Jesucristo, y como no era visión imaginaria, no vía en qué forma: mas estar siempre á mi lado derecho sentíalo muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacía, y que ninguna vez que me recogiese un poco, ó no estuviese muy divertida, podía inorar que estaba cabe mí (1).

Acaece estando el alma descuidada de que se le ha de hacer esta merced, ni haber jamás pensado merecerla, que siente cabe si á Jesucristo nuestro Señor, aunque no lo ve ni con los ojos del cuerpo ni del alma..... y entendía tan cierto ser Jesucristo nuestro Señor el que se le mostraba de aquella suerte, que no lo podía dudar..... Sé que estando temerosa de esta visión, porque no es como las imaginarias que pasan de presto, sino que duran muchos días, y aún más que un año alguna vez,... muchas veces no podía dudar, en especial cuando la decía: NO HAYAS MIEDO, QUE YO SOY. *Tenían tanta fuerza estas palabras, que no lo podía dudar.....* (2).

En vista de estos y los demás sucesos idénticos que refieren las obras de la insigne reformadora, y sabido el delirio negador del naturalismo, nadie extrañará que este sistema haya intentado despojar á las visiones y locuciones de Santa Teresa de todo carácter sobrenatural, llamándolas unas veces sueños fantásticos de su espíritu crédulo y amante, y estimándola otras, como síntomas de las enfermedades que padeciò.

---

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XXVII, pág 238.

(2) Ob. cit. *Castillo Int. Moradas*, sextas. Cap. VIII, pág. 105.

Concretándome al primero de los dos supuestos, por ahora, lo rebatiré con los mismos argumentos que sirven á la Santa para distinguir las palabras y representaciones imaginarias, de las que Dios le hacía escuchar y ver sobrenaturalmente.

Mas antes diré que la sabia Doctora divide las visiones y locuciones místicas en *imaginarias é intelectuales*. ¿Qué quiere decir esta división? Sencillamente, que cuando Dios quiere presentar al espíritu de la persona favorecida divinamente, noticias ó conocimientos, pone unas y otros, ya en la imaginación, ya en la inteligencia, suprimiendo ciertas operaciones naturales. Hechos que, si bien son milagros, porque no suceden según todas las leyes del conocer natural humano, ni son imposibles, ni contradicen á la razón, como aseguran los naturalistas.

En efecto; aparte de que para el Todopoderoso no sería esto imposible, hay que reflexionar que, en las *hablas y visiones imaginarias*, se vale Dios de medios tan parecidos á los que el hombre pone en juego diariamente, que causaría sorpresa el aire de superioridad desdeñosa que toma el naturalista para decir que es contraria á la razón la doctrina de los doctores místicos, si no se conociera tanto el astuto fingimiento que esgrime siempre como arma favorita. Porque, dispensándome el símil, ¿no hace Dios en estos casos, lo que el maestro ejecuta en cada lección, cuando quiere ahorrar á su discípulo mucha parte del trabajo que habría menester al adquirir los conocimientos que pretende? En verdad que sí; pues mientras el maestro humano usa para este fin de palabras y signos figurados, Dios interviene aquí como

maestro sobrenatural é invisible que instruye á las almas por medio de palabras y de signos. Sólo que al hombre le sirven de intermediarios los sentidos externos del alumno, para llegar á los internos, y Dios prescinde de aquéllos, poniendo las palabras ó las imágenes directamente en los segundos.

Por tanto, declarar tales hechos imposibles, á más de ser un insensato desconocimiento de la Omnipotencia divina, es quererla empequeñecer hasta el punto de que no pueda llevar á cabo actos semejantes á los que realiza la criatura á quien sacó de la nada.

En cuanto á las *hablas y visiones intelectuales*, son prodigios mayores que las imaginarias; mas no por serlo, contradicen de ninguna manera á la razón. Dios lleva directamente el objeto de conocimiento á la inteligencia del favorecido, sin que pase por los sentidos externos, ni tampoco por los internos. Requiérese para esto, la desunión de dos facultades asociadas en los actos naturales; pero ya se sabe que el concurso de la imaginación no es una necesidad tan esencial é intrínseca á las operaciones de la inteligencia, que no pueda Dios dar á ésta la virtud de obrar sin el auxilio de aquella potencia sensitiva; conviniendo traer á la memoria, para que se comprenda mejor lo que digo, que la inteligencia se actúa por ideas, y no por imágenes sensibles.

Expuesto así el valor de la división que Santa Teresa hizo de sus visiones y locuciones, debo ahora explicarlas detalladamente, y establecer las diferencias que las separan de las representaciones imaginativas fisiológicas. Empezaré por los dos favores mís-

ticos que llama imaginarios, ya que los gozaba juntos con mucha frecuencia.

Tratando la Santa de esta clase de locuciones, dice:

Paréceme será bien declarar cómo es este hablar que hace Dios á el alma, y lo que ella siente, para que vuesa merced lo entienda..... Son unas palabras muy formadas, mas con los oídos corporales no se oyen, sino entiéndese muy más claro que si se oyesen; y dejarlo de entender, aunque mucho se resista, es por demás. Porque cuando acá no queremos oir, podemos tapar los oídos, ó advertir otra cosa, de manera que, aunque se oya, no se entienda. En esta plática que hace Dios á el alma, no hay remedio ninguno, siro que, aunque me pese, me hacen escuchar, y estar el entendimiento tan entero para entender lo que Dios quiere entendamos, que no basta querer ni no querer; porque el que todo lo puede, quiere que entendamos se ha de hacer lo que quiere, y se muestra Señor verdadero de nosotros (1).

Y de las visiones, también imaginarias, escribe: *Esta visión, aunque es imaginaria, nunca la vi con los ojos corporales,.... y pónela Dios delante tan presto, que áun no hubiera lugar para abrir los ojos, si fuera menester abrirlos; mas no hace más estar abiertos que cerrados, cuando el Señor quiere, que aunque no queramos se ve. No hay divertimiento que baste, ni hay poder resistir, ni basta diligencia ni cuidado para ello* (2).

Hé aquí ya dos notas que distinguen las palabras é imágenes divinas de las ordinarias naturales. Una es, que la Santa no las veía ni oía con los sentidos exter-

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XXV, pág. 219.
(2) Ob. cit. *Vida*. Cap. XXVIII, pág. 251.

nos; y otra, que á pesar de cuantos esfuerzos intentaba para no verlas ni oirlas, como procurar distraerse, tapar los oídos y cerrar los ojos, percibíalas más claramente que si las oyese ó viese con los aparatos auditivos ú ópticos. Ambas circunstancias suelen ofrecerlas ciertos síntomas morbosos llamados alucinaciones, según apreciaré en lugar oportuno; pero son á todas luces contrarias á las que se observan en los actos imaginativos fisiológicos, durante los que *está en nuestra mano divertirnos*, como callar cuando hablamos, ó apartar las miradas cuando vemos.

Mas no son estas las únicas diferencias que señala Santa Teresa, sinó que continúa diciendo: *Paréceme á mí, que podría una persona, estando encomendando una cosa á Dios con grande afeto y apreensión parecerle entiende alguna cosa, si se hará ú no, y es muy posible; aunque á quien ha entendido de estotra suerte, verá claro lo que es, porque es mucha la diferencia. Y si es cosa que el entendimiento fabrica, por delgado que vaya, entiende que ordena él algo, y que habla.....* (1).

Esta nota es importante desde el punto de vista fisiológico, aunque no lo sea tanto desde el patológico, cual se verá luego; porque la más ligera observación demuestra á cualquiera, que cuando él mismo produce las imágenes y frases que ve ú oye en su interior, á medida que su fantasía va reproduciendo las especies sensibles que ordena su voluntad, van llegando á su entendimiento, de modo que advierte claramente su obra imaginativa; mas aquí sucedía, que al investigar

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XXV, pág. 220.

la Santa si dichas operaciones las ejecutaba su imaginación, quedaba más y más segura de lo contrario.

Con mucha oportunidad, pues, advierte en el mismo párrafo: *Paréceme que hay la diferencia que si nosotros hablásemos ú oyésemos, ni más ni menos; porque lo que hablo, como he dicho, voy ordenando con el entendimiento lo que digo; mas si me hablan, no hago más de oir sin ningún trabajo. Lo uno va como una cosa, que no nos podemos bien determinar, si es como uno que está medio dormido; estotro es voz tan clara, que no se pierde una sílaba de lo que se dice; y acaece ser á tiempos, que está el entendimiento y alma tan alborotada y distraída, que no acertaría á concertar una buena razón, y halla guisadas grandes sentencias que le dicen, que ella, áun estando muy recogida, no pudiera alcanzar, y á la primera palabra, como digo, la mudan toda...*

Por otra parte, el trabajo intelectual y sensitivo que reclaman las visiones y locuciones imaginarias naturales, en estado de salud, es voluntario, y produce en el alma la conciencia de los actos obrados para su realización; y sin esa voluntad y esa conciencia, *en especial si está en arrobamiento, que las potencias están suspensas, ¿cómo se entenderán cosas que no avían venido á la memoria, áun antes? ¿Cómo vendrán entonces que no obra casi, y la imaginación está como embobada?*

Adviértase que á fin de evitar torcidas interpretaciones, cuida la Santa de escribir á renglón seguido: *Entiéndase, que cuando se ven visiones, ó se entienden estas palabras, á mi parecer, nunca es en tiempo que está unida el alma en el mismo arrobamiento; que en este tiempo, (como ya dejo declarado) de el todo se pier-*

den todas las potencias, y, á mi parecer, allí ni se puede ver, ni entender, ni oir. Está en otro poder toda; y en este tiempo, que es muy breve, no me parece la deja el Señor para nada libertad. Pasado este breve tiempo, que se queda aún en el arrobamiento el alma, es esto que digo, porque quedan las potencias de manera que, aunque no están perdidas, casi nada obran, están como absortas, y no hábiles para concertar razones.....

A más de que siendo *habla* propia, *no es otra cosa, sino ordenar uno la plática, y verá el entendimiento que entonces no escucha, pues que obra.* También sucede que en este caso *las palabras que él fabrica son como cosa sorda, fantasiada y no con la claridad que estotras* (1).

El carácter que empieza á señalar tan sabia maestra en estos renglones, distingue muy bien la palabra divina oida sobrenaturalmente, de la formada con la imaginación; porque toda obra imaginativa, aunque sea como ésta signo de las ideas, se reproduce en la fantasía como toda especie sensible, esto es, con la vaguedad y confusión propias de los elementos materiales que la constituyen, siendo vista por la inteligencia humana con las sombras inherentes á su naturaleza finita; mientras que las imágenes y signos de que se vale Dios en los favores místicos son iluminados con resplandor tan intenso y puro, que el entendimiento del hombre los ve con fuerza y claridad incomprensibles.

No se contenta con lo dicho, que ya sería bastante, sinó que añade tan admirable y minucioso análisis, que

(1) Ob. cit. *Vida.* Cap. XXV, pág. 220 y 221.

ninguno mejor podría hacerse de estos sucesos sobrenaturales imaginarios. Dice así: *Mas el Señor se dió tanta priesa á hacerme esta merced y declarar esta verdad, que bien presto se me quitó la duda de si era antojo, y después veo muy claro mi bobería; porque si estuviera muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa, no pudiera ni supiera, porque ecede á todo lo que acá se puede imaginar, áun sola la blancura y resplandor.*

En este período enuncia la docta escritora una de las notas importantes de las representaciones divinas; porque ya demostré, al hablar de la imaginación en el capítulo correspondiente, que el poder de la fantasía, regida por las leyes naturales solas, se limita á reproducir, más ó menos exactamente, las sensaciones, valiéndose de las especies que los sentidos fueron depositando en la memoria. Y aunque su facultad de reproducirlas sea indefinida, y aunque pueda alterar el número, arreglo y orden con que percibiera un día los objetos, palabras, escenas ó personajes que representa, no pasa de aquí, resultando siempre que todos los elementos sensibles de que se vale, hasta en sus más pequeños detalles, vinieron de antemano al sentido interno por las vías de los sentidos externos.

Luego al establecer Santa Teresa, que *si estuviese muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa, no pudiera ni supiera, porque ecede á todo lo que acá se puede imaginar*, repite la verdad psicológica que acabo de exponer, y se apoya en ella para distinguir la operación imaginativa puramente natural, que nada nuevo crea, de la que hace Dios cuando presenta sobrenaturalmente objetos á esta facultad del orden sensible.